



En casa estamos a salvo y solo nos atrevemos a mirar desde la ventana, esas calles vacías, sin polución, donde los pájaros nunca se sintieron más libres

Memorias de un año para olvidar

2020 será un año para olvidar, pero nunca podremos borrarlo de nuestra mente. Será ese estigma que quedará impreso a fuego en nuestra alma. Todo nuestro decorado de guirnaldas y esperanzas fútiles se derrumbó ante nuestros ojos incrédulos. No quisimos (no pudimos) entender que la desgracia invadía nuestras estancias, como una marabunta invisible que, procedente del sol naciente, se iba aproximando a nuestros dominios. Nadie se atrevió a suspender el Mobile World Congress hasta que la situación ya era irreversible, Aslan se celebró ya con aprensión y de pronto, todo chapado, a cal y canto, como los conventos de clausura, mientras aullaba una alarma terráquea.

Todos a casa, corriendo. ¡Cielos, anota tus contraseñas, desmonta el PC y súbelo al coche!, coge lo imprescindible y corre sin mirar atrás, no sea que el coronavirus te convierta en una estatua de sal. En casa estamos a salvo y solo nos atrevemos a mirar desde la ventana, esas calles vacías, sin polución, donde los pájaros nunca se sintieron más libres. Los aplausos de las ocho nos devolvían a la ilusión durante un confinamiento carcelario.

Los VPN se convirtieron en las siglas sagradas y en el puente a la supervivencia laboral. Ahora a pelearse con los niños para encontrar tu puesto de trabajo, la cocina o el cuarto de juegos, o si no, el rincón más incómodo de la sala de estar. Tu oficina y tus rutinas empezaron a difuminarse y los esquemas se resquebrajaron. Te diste cuenta de que ya no era necesario levantarte dos horas antes para acceder a tu escritorio ni gastarte al mes 100 euros en gasolina. Pero la sensación de aislamiento y de vacío emocio-

nal no dejaba de golpearte por dentro, con esa constatación de vivir en pijama.

El dolor es un gran profesor, duro pero eficaz. Te va curtiendo como un ácido incisivo, y no te das cuenta de que estás cambiando, que te estás encalleciendo y que tu ración de sensiblería ya ha caducado. El verano llegó y en nuestra mente cundió la huida hacia delante, soñando tal vez que el virus desaparecería de nuestras vidas por ensalmo.

Pero era una quimera. Con el otoño, llega una nueva oleada, las noticias vuelven a ser sombrías, pero esta vez nos consuela saber que (pese a los muertos) el daño que se nos ejerce es más o menos asumible, que las vacunas llaman a la puerta y que los servicios sanitarios no se colapsan. Se imponen los encuentros virtuales, con Zoom y Teams como plataformas favoritas, y los nuevos protocolos se aceptan sin los prejuicios de antaño, cuando nos creíamos inmunes a la desgracia planetaria...

En EEUU el cambio de presidente anima a cierto optimismo y una relajación de la guerra comercial que tanto atizó Donald Trump. El alcance de la crisis puede ser catastrófico, pero seguimos esperanzados en esa vuelta a una normalidad tranquilizadora.

Miramos 2021 como al séptimo de caballería. Ansiamos la inmunidad del rebaño, la eficacia de las vacunas y de los protocolos de distancia social. La tecnología sigue siendo ese asidero con el que salvar los grandes escollos. Pero cuidado, la tecnología debería llegar a todos, igual que la innovación, la ciencia y las vacunas, para recomenzar una nueva era con una visión más altruista y colectiva. ■



Rufino Contreras,
Redactor Jefe
de Computing